

# José Ibáñez Cerdá, un bibliotecario ejemplar

*Antonio Amado\**

«Para no aburrir, no hay que contarle todo».

Al recordar al bibliotecario ejemplar que fué José Ibáñez Cerdá –Don José o Pepe, por pasillos y despachos del «Escorialito» del I.C.H., después Agencia de muchas y muy diversas actividades– estoy seguro de poder cumplir el precepto volteriano, no debido a mí sentido de la amenidad y sí a que no es mucho lo que puedo aportar a su recuerdo.

Ibáñez Cerdá ha sido uno de los grandes bibliotecario de la «Galaxia de Gutenberg», actividad que en algunas etapas de su vida simultaneó con la enseñanza en aulas universitarias. Tampoco rehusó transmitir sus saberes y experiencias asesorando a los archivos y bibliotecas de Iberoamérica, así como a las comisiones que terciaron en los litigios fronterizos de aquellas naciones.

Será, pues, de justicia hacer recuento de lo que su tarea como director de la Biblioteca Hispánica significó más allá de la ordenación de los cientos de rimeros de ediciones que hasta el día de hoy nos llegaron; de la oferta de las herramientas necesarias a universitarios e investigadores para sus arduos trabajos; fue el primer intento serio de recoger y ordenar un repertorio bibliográfico y documental de los saberes producidos por y sobre el Mundo Hispánico. Por ello creo que no es exagerado decir que su nombre debe quedar inscrito, por derecho propio, en la nómina de los denominados «bibliotecarios eruditos».

La política editorial del Instituto de Cultura Hispánica fue otro de los renglones en que fue aprovechado su saber. Los que en diferentes épocas fueron responsables de las Ediciones Cultura Hispánica –José Romeu de Armas, César Olmos...– resultaron testigos y beneficiarios de esa fecunda colaboración. No era extraño escuchar en los despachos de la Avenida Reyes Católicos: «En esta Casa, los libros, son cosa de

\* Antiguo funcionario de la casa.

Pepes». Al propio tiempo, Ediciones Cultura Hispánica, retroalimentaba una de las líneas de acción de la Biblioteca, servía de instrumento de cambio, o donación las más de las veces, para la puesta al día de bibliotecas, universidades y editoras nacionales de América y Centros de Hispanismo europeos. En esta línea impulsó la colaboración con el Instituto Nacional del Libro Español para cuantas ocasiones se hizo necesaria la presencia de las ediciones españolas en acontecimientos punteros como centenarios y congresos internacionales. Presencia que tuve la oportunidad de comprobar ocasionalmente en Argentina, Colombia, Brasil, Venezuela, Perú, Ecuador y el Instituto de Cultura Puertorriqueña de San Juan. Caso particular fue comprobar cómo la Biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica de Brasilia recibía la frecuente visita de senadores, diputados, cronistas parlamentarios y la más frecuente aún del politólogo Vamireh Chacon, autor de un estimable ensayo sobre la transición española hacia la democracia.

En su desmedido afán por estar al día —sobre todo durante el período que dirigió el Instituto de Madrid Alfredo Sánchez Bella— la Biblioteca Hispánica difundía puntualmente a la Junta de Gobierno del Instituto las novedades surgidas en tierras americanas de las que nos beneficiábamos los funcionarios de la Casa y los habituales de la Sala de Lectura. Obras tan significativas, en los días de su aparición, como el *Bolívar* de Salvador de Madariaga, que mereció alguna simbólica quema de ejemplares en tierra venezolana, o *La Era de Trujillo*, de Jesús Galíndez pasaron a gran velocidad por nuestras manos y nos tuvieron enterados de lo que se comentaba aquellos días. A título particular, me causó cierta sorpresa hallar en los anaqueles el tomo del famoso, en esos días, *Informe Kinsey 2*, sobre la sexualidad en la sociedad norteamericana. Para cualquier comprobación sobre estos extremos convocó a testimonio a los embajadores de España Carlos Robles Piquer, Pedro Ortiz Armengol, Tomás Lozano, de frecuente trato con los libros.

En paralelo con su quehacer bibliotecario, el saber y la prodigiosa memoria de José Ibáñez Cerdá resultaron fuente inagotable de ideas y sugerencias sobre datos heráldicos, cartografía, textos de Tratados de Límites y todo tipo de referencias a cuestiones de geografía, historia, lingüística, etc. Recuerdo que en cierta ocasión, acompañando a su despacho a un grupo de becarios hispanoamericanos recién llegados a Madrid, una futura doctoranda peruana en cartografía histórica, le pidió orientación en torno a determinados datos a los que no había tenido acceso hasta ese momento, ni veía la manera de alcanzarlos. Ibáñez le respondió con tranquila precisión la referencia de dónde podría hallar

lo que le faltaba: «Diríjase Vd., al Museo Naval, hable con su director, el almirante Guillén Tato; visite después el Archivo de Indias y el de la Academia de la Historia». Pasados unos días el comentario de la investigadora fue: «Tras la conversación con don José, la realización de mi tesis va a necesitar poco más que el tiempo que me lleve redactarla».

Otro episodio originado por su memoria fue cuando se llevaban a cabo los preparativos del Quinto Centenario de la Muerte de Carlos V. Se necesitaba contrastar diversos datos y buscar algunas ilustraciones de la época referentes a heráldica. Ibáñez indicó a la persona encargada del trámite: «Vé a la Secretaria General de la Biblioteca Nacional y que te encaminen a la Sección de Grabados, allí, en una carpeta grande que se encuentra en el tercer entrepaño del armario central, se encuentran los datos que buscas».

A fines de la década de los 50 se reunía, a veces, una informal pero ilustre tertulia en el Bar del Instituto —que empezó llamándose «Club Hispánico»—, a la primera que asistí tenía como motivo charlar amigablemente con Tellería o Tellechea, a la sazón director del Instituto de España en Londres, y poeta estimable. Con motivo similar o el comentario de libros aparecidos con alguna resonancia, o situaciones anecdóticas, se reunían en torno a un café o un delicioso mazagrán los poetas de la Casa, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José María Souvirón —recien regresado de Chile—, a veces, José García Nieto, Fernando Quiñones, Antonio Zubiaurre y Agustín de Foxá, al que tuve ocasión de ver repetir su famosa autodefinición: «Soy el prototipo del reaccionario. Soy gordo, conde y académico».

Al curioso aquelarre no solía faltar José Ibáñez, a quien en cierta ocasión otro compañero de la Casa le espetase, con tono irónico: «¿Pepe, has dejado la prosa por la poesía?». Le respondió: «Aquí vengo a escuchar. Te aseguro que es cómo un privilegio. Además las ocurrencias de estos terminan frecuentemente en los estantes de la Biblioteca. Unas veces en verso y otras en prosa». Tampoco es que allí permaneciera mudo, más de una vez los contertulios, conocedores de su sapiencia, acudían a él, sobre todo cuando la conversación derivaba había la polémica y se necesitaba el auxilio de una autoridad neutral.



José Ibáñez con Carlos Robles Piquer y el presidente de Colombia César Turbay Ayala (AECI, 26 de junio de de 1979). Foto Portillo